

EN EL MISMO BARCO

- Perdón, Don José, ¿me decía Vd? Es que estaba absorto en los anuncios del periódico.
- Ah, sí, Toñín. Me preguntaba por qué no habrá abierto esta mañana la zapatería Santiago. ¿Tal vez habrá fallecido algún familiar?
- Para mí, dijo Toñín, rascándose con desazón la oreja derecha, que es esta jodida crisis, que va a poner todo patas arriba.

Don José Salcedo se quedó pensativo y se le fue la imaginación sesenta años atrás. Sin poder evitarlo, la película pasó por su cabeza.

El joven provinciano, paleta como los madrileños de cepa le llamaban, con diecinueve años había terminado magisterio en la Normal de Madrid. Qué penalidades. Trabajar de peón cargador en el mercado de Legazpi para estudiar, compatibilizar trabajo y estudios. Peregrinar de pensiones grises a lúgubres y los domingos a los baños públicos de Manuel Becerra, porque las pensiones carecían de ducha. Terminar los estudios y engancharse a dar clases particulares y de listero en una constructora con barro hasta los ojos y la huelga ilegal de la construcción, en la que un gris le dejó en el antebrazo izquierdo la huella de su porra y el despido porque decían que era comunista ...

- ¿Has encontrado trabajo después de ...?
- Toñín, sin dejar que Don José acabara su pregunta, le interrumpió con algunos balbuceos. Bue ..., bueno, el asunto del trabajo está muy negro.
- Ya, pero no hay que desanimarse, eso es lo último. Parece ser que el conflicto desbordó a las partes.
- Sí, yo también creo que se desmadraron las aguas.
- Tú formabas parte del Comité de Empresa de la conservera, ¿no?
- Pues sí, Don José. Yo formaba parte del Comité y me involucré activamente en el conflicto. Así que lo viví muy de cerca. Aunque nuestros negociadores principales fueron Paco y Ramón.
- Toñín, siempre me ha rondado la duda. Si la conservera era una

empresa saneada con evidentes beneficios y los trabajadores en plantilla con trabajo todo el año y salarios más que decentes, no lo entiendo, ¿cuál fue el detonante del conflicto?

- El motivo real fue que no queríamos trabajar en turno de noche.

- ¿Y sólo por no trabajar en turno de noche se vino todo al garete?

- La verdad es que la euforia nos desbordó. A la exigencia de no trabajar de noche agregamos las de no trabajar sábados y festivos, la reducción de la jornada laboral de 42 a 40 horas semanales y 4 puntos de subida salarial por encima del convenio colectivo.

- Bueno. Conociendo a Don Raimundo cada reivindicación sería un puñal, que se le clavaba en el pecho.

- Pues sí. Se le clavaron entre pecho y espalda.

- ¿Se cerró en banda totalmente?

- Hubo algunos momentos en que Don Raimundo estuvo dispuesto a aceptar que no se trabajara en noches y festivos, que sólo hubiera dos turnos de lunes a sábado, 42 horas semanales y el salario según convenio, más una paga de beneficios del diez por ciento del beneficio neto anual, repartido proporcionalmente entre todos los trabajadores.

- Don José respiró profunda y pausadamente echándose un poco hacia atrás en su silla. Era evidente su sorpresa. Pues a mí, ... a mí la contrapropuesta del empresario no me parece que estuviera lo que se dice descabellada.

- Eso mismo pensaba Paco. Pero Ramón y los otros tres miembros del Comité decidimos que era insuficiente.

- ¿Y no os pudo convencer Paco? Es un hombre con muchas tablas.

- Toda la noche estuvimos enzarzados en decidir la respuesta, que presentaríamos a Don Raimundo.

- Sin embargo, vuestro objetivo prioritario y casi único consistía en eliminar el turno de noche. Todo lo demás era paja para intercambio en la negociación, ¿no?

- Así nos lo planteamos en un principio.
- Y ..., ¿qué cambió vuestro planteamiento inicial?
- La verdad es que fueron un conjunto de circunstancias. Ramón y yo éramos partidarios de no ceder a la primera de cambio. Había que enseñar los dientes. Paco, Sebastián y Gregorio, los otros tres miembros del Comité, pensaban que nos íbamos a embarcar en una aventura peligrosa. En la asamblea de trabajadores Ramón y yo convencimos a los asistentes para aprovechar la ocasión, que jamás se nos presentaría tan madura, y forzar todas nuestras reivindicaciones. Los trabajadores se lo creyeron y nosotros tomamos en serio todas nuestras reivindicaciones, pues alrededor del ochenta por ciento, secundaban nuestra propuesta de ir a la huelga indefinida. Solamente funcionaron bajo cuerda los servicios administrativos y ventas. Sebastián y Gregorio cambiaron su decisión, sumándose a la nuestra.
- Entonces, en el Comité Paco se quedó sólo.
- Se quedó más sólo que la una. Pero no por eso cejó durante los veintitantos días de huelga en su intento de convencernos de que la contrapropuesta de Don Raimundo era aceptable.
- Le pondría hecho un cristo.
- En mi vida he visto semejante linchamiento verbal. Se le dijo de todo: Judas, traidor, esquirol, vendido, hijo de ... y muchas más lindezas.
- Más que linchamiento verbal duele el linchamiento moral.
- Repetía insistentemente que la contrapuesta empresarial era aceptable, que no había condiciones objetivas para conseguir el resto de reivindicaciones de una tascada, que era preciso trabajarlas y plantearlas en el momento oportuno y que si seguíamos por este camino nos estrellaríamos.
- Por lo que deduzco los ánimos se enardecieron demasiado. Escondísteis la cabeza bajo el ala decidiendo seguir adelante y os metísteis en un callejón sin salida, que no admitía marcha atrás.

- Algo así, Don José. Nosotros no podíamos dar marcha atrás, porque la mayoría de los trabajadores nos empujaban. Esto será histórico, decían. Y Don Raimundo se hartó de problemas. Prefería empezar de nuevo con gente nueva. Tras veintiséis días de huelga cerró la empresa y todos nosotros a la calle.

- Son los riesgos de las decisiones libres. Tal vez vista con la perspectiva del tiempo no haya sido la decisión más acertada.

- Pero nuestra decisión fue más arriesgada, la más valiente. Estábamos en el candelero. Todos los trabajadores del sector nos miraban con ojos de búho. Nuestra victoria hubiera supuesto un balón de oxígeno, un paso adelante, para el movimiento obrero.

- Pero fue justamente lo contrario, una pesada losa. La nueva empresa de Don Raimundo tiene menos puestos de trabajo, casi todos los trabajadores son eventuales y ganan menos que vosotros hace dos años.

- ¿No estará cargando sobre nuestras conciencias ...?

- Descuida, Toñín. No es mi intención echar cargos sobre la conciencia de nadie.

- A toro pasado, ¿analizásteis el conflicto?

- Pues la verdad es que no analizamos nada, ni se me ocurre qué podríamos haber analizado. Sucedió como sucedió y ya está. A lo hecho pecho.

- Toñín, la falta de reflexión no es buena para nadie.

- Lo mismo nos decía Paco en cada reunión durante casi un mes de huelga. Pero las asambleas eran un bombardeo contra él. Le recriminábamos que precisamente ese era el argumento de los caguetas, esquiroles, chupatintas, vendidos y no sé qué más.

- A esa humillación me refería cuando hablaba de linchamiento moral. ¿Conocéis los avatares de la vida de Paco?

- Pues no. ¿Los conoce Vd, Don José?

- Algo sé de sus andanzas.

- Pues me gustaría conocerlas.
- Don José comenzó a enhebrar retales de Paco, Francisco Pardo. Maestro conservero, desde su juventud era militante de la HOAC, fue despedido de dos conserveras de Murcia. Pero, sobre cualquier otra circunstancia, era apreciado por ser hombre de concordia con ojo avizor ...
- De cualquier manera, él tenía que ganar o perder lo mismo que nosotros. Todos íbamos en el mismo barco.
- Precisamente en eso os equivocásteis. ¿Aún no habéis comprendido que el planteamiento de Paco era absolutamente desinteresado?
- No veo el desinterés por ninguna parte.
- Pues es bien sencillo. A Paco cualquier desenlace que hubiera tenido el conflicto apenas le afectaría, puesto que en cuestión de meses se jubilaba. Su interés era por los trabajadores
- Ahora comprendo su decepción. Esto me deja mal sabor. Me gustaría disculparme con él, pero no veo cómo cruzar el vacío, que nos separa.
- Una bocanada de aire fresco le viene bien a cualquier persona agobiada. Hazte el contradizo con él. Suele ir todas las tardes al bar El Pinar.

- Hombre, Paco, cuánto tiempo, qué gusto encontrarte, le dice Toñín poniéndole la mano en el hombro.
- Paco, mirándole con sosiego a los ojos, le pregunta: Toñín, ¿después de la conservera has conseguido trabajo?
- Pues no, está muy feo el asunto.
- De verdad que lo siento por vosotros, los jóvenes.
- Más lo siento yo, Paco, por el mal trago que te hicimos pasar.
- Olvídalo, Toñín, y dáme un abrazo. Todos nos necesitamos en esta vida. La juventud aporta energía y vitalidad al barco. La experiencia de años y años aporta cordura en el rumbo. Todos vamos en el mismo barco.

Murcia, mayo de 2009

César Herrero Hernansanz